

TOMAS A. VASCONI. Científico social. Colaborador del Centro de Estudios sobre América (CEA).

Democracia y socialismo en América del Sur (notas para una discusión)*

Los conceptos de democracia, revolución y socialismo, frecuentemente separados en el debate entre los científicos sociales de la región, vistos en conjunto a partir de una perspectiva marxista

Cada vez más la democracia se convierte en uno de los terrenos más sensitivos de la lucha política e ideológica entre el capitalismo y el socialismo.

Roger Burbach y Orlando Núñez, *Democracia y Revolución en las Américas*.

PRELIMINAR

Estas notas están destinadas al análisis crítico de algunos de los principales temas de la discusión que acerca de la cuestión democrática y el socialismo se lleva a cabo en América del Sur y a la formulación de algunas posiciones alternativas¹. Para ello transitaremos desde la exposición de las características principales de esa polémica, pasando por algunas consideraciones sobre los procesos de democratización que se observan en los países del Cono Sur y en Brasil, para concluir con nuestros propios puntos de vista sobre las discusiones acerca de la democracia y el socialismo y sobre las luchas por la democracia y el socialismo en la América Latina de hoy.

¹ Tomamos este título del artículo en que con otro enfoque y distintas conclusiones, trata un autor la polémica intelectual en América del Sur desde los años 60 a los 80. Véase Norberto Lechner, "De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América del Sur, en *Opciones*, n 6 Santiago de Chile, mayo-agosto de 1985. pp. 57-72. Si hacemos esto es para suscitar la confrontación con las opiniones de Lechner, que es, a nuestro juicio, uno de los autores que más lejos ha llevado en nuestro medio la distinción entre revolución y democracia. Este apartado de la presente comunicación constituye una brevísima y parcial síntesis de un trabajo mayor en preparación, *El Pensamiento de la derrota*. Señalemos, por último, que formalmente las discusiones sociológicas sobre la democracia comenzaron en la reunión del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) sobre "las condiciones sociales de la democracia", celebrada en San José de Costa Rica en 1978.

*Trabajo presentado por el autor al Seminario "Crisis y alternativas revolucionarias en América", efectuado en Managua, julio de 1987.

DE LA REVOLUCION A LA DEMOCRACIA. LOS TEMAS DE UNA POLEMICA

Uno de los elementos que más nos llamaron la atención del ensayo de Roger Burbach y Orlando Núñez es su intento de unir, conceptual y prácticamente, las nociones de democracia y revolución, que cada vez más aparecen separadas, cuando no opuestas, en la polémica latinoamericana actual. Para fundamentar lo dicho y afirmar posteriormente nuestras propias posiciones, revisaremos aquí algunas de las principales proposiciones actuales que sobre esos conceptos se registran en América del Sur.

Comencemos recordando, para señalar una separación temporal en esta temática, que si en los 60 y principios de los 70 el tema de discusión dominante era la revolución - carácter, sus “vías”, etc.—, a partir de los 80 lo es el de La democracia; y esta separación, cuando no oposición, se verifica a menudo en los mismos autores. Y es que “democracia” se presenta con las connotaciones de “paz”, “acuerdo” o “pacto” o “convivencia”, mientras “revolución” implicaría “oposición”, “antagonismo”, “violencia”. Se trataría así de una oposición nada menos que entre la paz y la guerra, situaciones entre las cuales podría optarse libremente. Veamos algunos temas pertinentes de esta discusión.

Iniciemos nuestro análisis con lo que probablemente constituya el elemento más general y común de los trabajos producidos acerca de la temática que nos ocupa. Explícitamente en general, implícitamente a veces, las discusiones sobre la democracia se inician, o implican, una condenación al marxismo, que fuera fuente de inspiración, directa o indirecta, de todas las discusiones sobre la revolución en el período que antes señalamos. Según la mayor parte de los trabajos analizados, el marxismo, y más particularmente su versión leninista, sería incapaz no sólo de plantear y dar solución a la problemática de la democracia sino también impediría un análisis cabal de los procesos políticos en general. Y ello sería así porque el marxismo constituiría una teoría esencialmente reduccionista;² es decir que los procesos políticos se “reducirían” a los económicos, en los que encontrarían su explicación última. Pero no sólo esto; existiría aun otro reduccionismo,³ “clasista” esta vez, según el cual todo proceso político se implicaría a partir de la dinámica contradictoria de las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista, la burguesía y el proletariado, lo que haría del marxismo una teoría incapaz de comprender y analizar las luchas sociales y políticas de la sociedad actual, donde aparecerían

²Una exposición “completa” sobre este punto de vista puede hallarse en Ernesto Laclau, “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”, comunicación presentada al seminario Hegemonía y alternativas populares en América Latina, celebrado en Morelia. México, en 1980.

³ José Nun, “El otro reduccionismo”, en Zona abierta, n. 28, Madrid, 1983

protagonizadas no por clases, sino por “movimientos sociales” —otro tema central en las discusiones actuales.

No podemos hacer aquí una discusión exhaustiva de estos temas,— volveremos sobre algunos de ellos propias posiciones—, ni vamos a iniciar una “guerra de citas” para mostrar que lo criticado es lo que comúnmente se denomina “marxismo vulgar” que, si lamentablemente informo a veces la práctica de algunas organizaciones políticas, de ningún modo puede considerarse como una versión apropiada de la teoría marxista ni del leninismo. Señalemos si que el rechazo de muchos autores --no sólo de los citados— a ese marxismo “vulgar” los condujo a menudo a aceptar con fundamento un idealismo no menos “vulgar” (para todas las teorías existen vulgarizaciones), practicando así un reduccionismo al revés, es decir, reduciendo lo económico a lo político y este a lo ideológico.⁴ Si no vamos a realizar ahora, por razones de tiempo, espacio y oportunidad, una crítica teórica de la naturaleza que el tema exigiría, si analizaremos en cambio las proporciones de un conjunto de autores que, de manera más o menos explícita o implícita, comparten aquellas concepciones en el tratamiento de la cuestión democrática en nuestros países.

Naturalmente que los autores son muchos y sus matices en el tratamiento de estas cuestiones muy diversos; ante la imposibilidad de un análisis de cada uno, optamos por seleccionar aquellos temas que se repiten en la mayoría de ellos, tratando de incluir algunas citas “ejemplares”.⁵ Comencemos por un aspecto general. La política, rechazado todo “reduccionismo” —economicista y clasista, es decir, abandonado el concepto de intereses de clase y otros afines— puede ser pensada como esfera autónoma. Entonces puede razonarse así: “la política sólo es pasable sobre la base de concebir la sociedad como un esquema mixto de cooperación y conflicto. La lucha política comprende, por ello, dos dimensiones: es, por un lado, lucha por cuestiones que los sujetos definen como sustanciales, y es, por otro, la forma institucionalizada convenida para solucionar las luchas. A la vez, entonces, conflicto y orden; disenso y acuerdo”.⁶ Obsérvese, en primer lugar, que para la consideración de los procesos

⁴ Véase una exhaustiva crítica a los planteamientos de Ernesto Laclau en Atilio Borón y Oscar Cuéllar, “Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía”, en *Revista Mexicana de Sociología*.

⁵ Señalemos de paso que los “nuevos temas” han sido ocasión para el abandono de “viejos temas”; recordemos aquí, entre “los olvidados”, la cuestión de imperialismo, la explotación capitalista de la fuerza de trabajo, las cuestiones vinculadas al desarrollo de las fuerzas productivas (parece que todo tratamiento de lo económico resultaría “reduccionista”), las Fuerzas Armadas (que tanta atención merecieron en el período inmediato a los golpes militares), las características actuales de las clases dominantes, etc., temas todos que parecen ser de orden secundario para el tratamiento de la cuestión de la democracia. Sobre la cuestión del imperialismo y su vinculación con los “nuevos temas” véase la importante contribución de Agustín Cueva. “El fetichismo de la hegemonía y el imperialismo”, en *Cuadernos Políticos*, n. 39. ERA. México, enero-febrero de 1984. pp. 31-39.

⁶ Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, “Crisis social y pacto democrático”, en *Punto de Vista*, n. 21 Buenos Aires. agosto de 1984, p.19. Los subrayados son nuestros, TAV

políticos —y también sociales en general— ha desaparecido aquí el concepto de antagonismo; la lógica de la contradicción ha sido sustituida por una lógica del conflicto. Es interesante señalar que aun cuando los autores suelen invocar a Gramsci, lo que subyace en estas formulaciones es una concepción que los aproxima mucho más a Foucault.⁷ Por otra parte, esas luchas (conflictos) se llevarían a cabo alrededor de “cuestiones que los sujetos definen”; es decir, no existirían en la sociedad actual, capitalista, elementos objetivos que condujeran a enfrentamientos de ningún tipo. Esta “subjetivación” de los elementos o situaciones conflictivos (lo “que los sujetos definen como sustanciales”) es lo que permite, a su vez, que “los sujetos” lleguen a “acuerdos”, establezcan “pactos” y que pueda diferenciarse, conceptualmente y en la realidad social, la política de la guerra. Sobre esto último dicen los autores:

“hay que hacerse cargo del hecho de que los conflictos políticos pueden revestir —y de hecho han revestido a menudo— la forma de la guerra tout court. Pero nada autoriza a inferir de allí que los conceptos de política y de guerra sean en primera o última instancia equivalentes”.⁸ El modelo de la guerra, que hallaba su antecedente en las concepciones de Klaus Von Clausewitz, debería así ser sustituido por un otro que considere como esencia de la política la negociación ¿el mercado?; así es propuesto en las concepciones neoliberales que, debemos reconocerlo, han llegado a influir notoriamente en algunas corrientes “renovadoras” de la izquierda suramericana.⁹

Con respecto a la diversidad de las luchas sociales, estas tienen su origen conceptual en las concepciones marxistas de Gramsci acerca del Estado en el capitalismo contemporáneo. Este había observado que el Estado moderno constituye un complejo aparato que no puede ser conquistado en un solo golpe en tanto ha desarrollado dentro de la sociedad civil un complejo conjunto de “casamatas” o “trincheras” que operan como defensas del mismo, lo que complica y multiplica las luchas por el poder. Esta concepción, sin embargo, no llevó jamás a Gramsci a considerar que el poder (de clase) se disolvía en esos múltiples aparatos, ni a perder de vista el carácter centralizado de ese único poder de la burguesía. De manera que si la lucha revolucionaria en la sociedad moderna debía multiplicarse, hacerse más compleja, ello no podía significar de ningún modo que esas luchas fuesen todas equivalentes en su significado y consecuencias. Por ello Gramsci no podría haber sostenido una

⁷ “En todo caso, hay que tratar de pensar la lucha, sus formas, sus objetivos, sus medios, sus procesos, según una lógica que esté liberada de las coacciones esterilizantes de la dialéctica”, Michel Foucault, “Poderes y estrategias”, en Michel Moery (ed.), *Sexo, poder y verdad. Conversaciones con Michel Foucault*, Barcelona, Ed. Materiales, 1978, p. 162.

⁸ Emilio de Ipola y J.C. Portantiero, op. cit., p. 18. Para una conceptualización opuesta, véase Juan Carlos Marín, *La lucha armada, un ejercicio posible*. Buenos Aires. CICSO, 1985.

⁹ Véanse muchas de las contribuciones de la llamada Convergencia socialista en Chile, de fines de los 70 y comienzos de los 80 (Tomás Moulián, Manuel Antonio Garretón, Angel Flifsfich y otros):

afirmación como la que sigue: “La realización del socialismo (...) debe ser el resultado de una serie de rupturas parciales (donde) lo que se llama tradicionalmente la toma del poder, o sea, el control de los aparatos del Estado, no es de hecho más que una de las numerosas rupturas en ese proceso de transformación.”¹⁰

Nuevamente para entender estas expresiones debemos remitirnos a la concepción de los “micropoderes” de Michel Foucault¹¹ y no a la de “trincheras” o “casamatas” de Gramsci. Estas luchas tendrían un carácter esencialmente democrático. En tanto luchas contra el poder, la burocratización, el autoritarismo; sin embargo, en tanto tales, no implican necesariamente el socialismo; las dos cuestiones, según estos autores, deben ser distinguidas aunque ocasionalmente puedan aparecer juntas. Ambas problemáticas serán cuidadosamente separadas; debe sostenerse que “la autonomización de la democracia como problema para la práctica social, es relativamente independiente de la determinación por los modos de producción. La democracia no es un derivado que surge necesariamente de una estructura: es una producción popular, una transformación de la naturaleza de la política que no depende transparentemente de una base económica”.¹² Esta proposición debe ser analizada con algún cuidado. Es posible, y aun necesario, admitir que la socialización de los medios de producción no crea automáticamente una sociedad democrática; hacerlo así sería recaer en un economicismo vulgar. Sin embargo, podría plantearse también: ¿es posible la democracia —la igualdad, la participación, el ejercicio de los derechos democráticos— en una sociedad en que existe monopolio privado de los medios de producción, explotación de la fuerza de trabajo, y como consecuencia de ello, creciente concentración de la propiedad, los ingresos, el poder? El autor observa muy bien que “la relación entre igualdad y libertad no es mecánica y es sabido que la falta de libertad es, circularmente, un factor de desigualdad”.¹³ Sí, pero también la falta de igualdad genera carencia de libertad (al menos para los “menos iguales”). Pareciera necesario insistir en que la socialización es condición necesaria aunque no resulte condición suficiente.

Desprendida de sus condicionantes materiales (pues su consideración sería “economicismo”), ¿cómo surgiría esa situación democrática y cómo se conquistaría a partir de la sociedad actual? Para lo primero, ella debiera surgir de un pacto.¹⁴

¹⁰Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. “El concepto de hegemonía en la estrategia política”, mimeo. p. 9. Los subrayados son nuestros, TAV.

¹¹ Véase T.A. Vasconi, “Control social, poder político y escuela.

Comentarios críticos a la concepción 'microfísica' del poder en Michel Foucault”, en Varios autores, Problemas de la educación contemporánea, Caracas, Facultad de Humanidades y UCV, 1981.

¹² J.C. Portantiero. “Lo nacional-popular y la alternativa democrática”, en América Latina 80: democracia y movimiento popular, DESCO, Lima, 1981, p. 236.

¹³ Ibidem.

¹⁴ El “pacto” constituye uno de los temas centrales de la discusión actual, pero también de las proposiciones políticas en las democracias “renacidas”, (Véase las proposiciones de un Alfonsín en Argentina o de un Sarney en Brasil, buscando un “pacto político” y un “pacto social” que ayuden a la “gobernabilidad” de esos países). Para una consideración sobre la problemática del pacto (aunque no menciona el “pacto

“Pensamos que es justamente aquí que cabe rescatar la idea de pacto democrático, esto es, de un compromiso que, respetando la especificidad de los movimientos sociales, delimite un marco global compartido dentro del cual los conflictos puedan desenvolverse sin desembocar en la anarquía y que las diferencias coexistan sin disolverse. En todo caso, el modelo del pacto aparece en el mundo moderno como el único esquema de referencia que permite conciliar la existencia de una pluralidad, potencialmente conflictiva, de sujetos sociales, con un principio ordenador que intermedie en las oposiciones sin anularlas y haga valer los requerimientos de cooperación necesarios para la convivencia social.”¹⁵ Dado que no estamos creando una sociedad ab ovo, ni constituimos un grupo de “caballeros civilizados” que desembarcan en una isla desierta decididos a construir una “sociedad democrática”, ¿cómo se conquistaría la situación que permitiría la realización de un pacto de tal naturaleza a partir de la situación económica, social y política de nuestras sociedades actuales? También hay respuestas para ello. Es necesario “considerar a la democracia capitalista como un tipo de Estado donde puede desarrollarse una propuesta que conciba al socialismo como resultado de la lucha del movimiento popular por la profundización de la democracia.”¹⁶ Pareciera así que se trata de un movimiento progresivo e ininterrumpido, que podría llevarse a través de diversas formas de lucha (parlamentarias, gremiales, sociales en general) pero que no implicarían necesariamente un punto de ruptura. Esta formulación tiene a su vez algunos supuestos que el autor no explicita. Pareciera en primer lugar que la transición del capitalismo al socialismo pudiera lograrse a través de un proceso de creación del socialismo —como modo de producción— al interior de la sociedad capitalista (algo similar a la generación del capitalismo al interior de la sociedad feudal); sin embargo, la transición al socialismo implica como paso necesario la expropiación de los propietarios privados de los medios de producción y su posterior socialización. Y esto conlleva otros supuestos complementarios: 1) que los propietarios de los medios de producción estén dispuestos a entregarlos sin resistencia; 2) que las clases dominantes en su conjunto estén dispuestas a resignar sus posiciones de poder y los beneficios que de ellas se derivan; 3) que el conjunto de los aparatos de dominación

democrático). véase Norbert Lechner, “Pacto social: los procesos de democratización, la experiencia latinoamericana”, en *Novos Estudos CEBRAP*, n. 13, Sao Paulo, octubre de 1985, pp. 29-44.

¹⁵E. de Ipola y J.C. Portantiero, op. Cit, p. 19; véase la sofisticada elaboración de los autores sobre “reglas constitutivas” y “reglas normativas” en el funcionamiento de la sociedad. Los subrayados son nuestros. TAV.

¹⁶ Tomás Moulián. “Crítica a la crítica marxista de las democracias burguesas”, en *América Latina* .80 ...op.cit., p. 56. No podemos dejar de señalar aquí la influencia que tuvieron las proposiciones eurocomunistas en los 70; pensamos sin embargo que si la izquierda latinoamericana encontró apoyo en esas proposiciones. los desarrollos de la “nueva” problemática se originan fundamentalmente en la derrota -- militar pero también política y moral-- que sufriera en esos años. Los subrayados, nuestros, TAV.

y sus agentes (militares, burócratas, etc.) acepten la disolución y transformación de los mismos; y 4) en las condiciones histórico-concretas de nuestras sociedades, que el poder imperialista dé su anuencia para que se proceda a tal transformación. Lo menos que podemos decir es que nos parecen unos supuestos demasiado “fuertes” para que puedan admitirse con facilidad.

Estamos dispuestos a compartir buenamente estos wishful thinkings, y más aún, nos gratificaría profundamente poder participar de una transición “pactada” hacia una democracia socialista; lamentablemente, creemos —y no por adhesión a ninguna teoría determinada sino por fidelidad a la historia, pasada y presente— que esta realidad histórico-social no admite tal interpretación ni acepta tales proposiciones.¹⁷

LAS DISCUSIONES SOBRE LA DEMOCRACIA Y EL SOCIALISMO

Antes de entrar en consideraciones más generales, es necesario que nos detengamos un momento en la observación de algunas de las características que muestran hoy las nuevas democracias —o tal vez mejor, los procesos de democratización— que se suceden en América del Sur.

Cuando se produjeron los golpes militares en el Cono Sur del continente, precedidos por los sucesos brasileños de 1964, no se requirió demasiado tiempo para percibir que no se trataba de una intervención militar coyuntural más de aquellas de que está plena la historia latinoamericana, sino que involucraban un proyecto de reorganización económica, social y política de mucho mayor envergadura. Se trataba nada menos que de instituir la dominación, en el bloque en el poder y en la sociedad global, del capital financiero asociado al imperialismo, de reformular el modelo de acumulación basado hasta entonces en el proceso de industrialización sustitutiva (ya en crisis desde hacía algunos años) sustituyéndolo por uno más adecuado a los nuevos intereses dominantes y a las características del contexto transnacionalizado del capitalismo actual (y de allí las políticas económicas “neoliberales”), de liquidar el viejo Estado “de compromiso” o “populista” y de hacer retroceder al movimiento obrero y popular, destruyendo sus organizaciones corporativas y políticas fundamentales.

¹⁷ Es interesante observar, como complemento de lo dicho hasta aquí, las propuestas generales de realizar una política “no ideológica” sino “racional”, no “heroica” sino “moderada”; como lo dice un autor: “creo que el ambiente posmoderno nos ayuda a desmitificar el mesianismo, a relativizar la centralidad del Estado y del partido y de la misma política;

por otro lado introduce en la actividad política una sociabilidad menos rígida y un goce lúdico. El llamado a una secularización de la política puede apoyarse en la cultura posmoderna en tanto esta implica un desvanecimiento de los afectos, propiciando una conducta cool e irónica.

Cfr. N. Lechner. “La democratización en una cultura posmoderna”. en *Leviatán*, nros. 23-24, Madrid, primavera-verano de 1986. p. 183. Queremos creer que al escribir esto el autor no estaba pensando en América Latina.

(Sobra señalar que todos estos objetivos se encuentran estrechamente entrelazados de modo que se implican unos a otros). Y estos objetivos, después de unos largos años de dictadura, fueron alcanzados con mayor o menor efectividad y amplitud (no es posible analizar aquí las diferencias observables entre los distintos países) .

El retiro más o menos “pactado” o “negociado” de las dictaduras y el restablecimiento más o menos amplio de la institucionalidad democrático-burguesa no ha eliminado de ningún modo hasta ahora la pesada herencia de los regímenes autoritarios. Esta transición “pactada” o “por arriba” ha dado nacimiento a regímenes que bien pueden considerarse de democracia “restringida”.

Este carácter general se asocia a todo un conjunto de características económicas sociales y políticas.

Veamos.

En primer lugar, la férrea inserción de estas economías en el circuito transnacional del capital financiero, cuya expresión más visible y dramática está constituida por la deuda externa, restringe notoriamente el espacio en que pueden formularse las políticas económicas nacionales.

Segundo, la desarticulación más o menos profunda, según los casos, del aparato productivo interno, como resultado de su reorganización y subordinación al sistema transnacional.

Tercero, el bloque dominante que se afirmara durante el período dictatorial, en el que se observa una clara hegemonía del capital financiero, no ha sufrido cambios con esta transición y sus intereses siguen siendo dominantes.

Cuarto, la concentración intensiva de la propiedad y la riqueza.

Quinto, y como contrapartida, la intensa pauperización de amplios sectores de las clases explotadas y populares y aun de la pequeña burguesía y las clases medias.

Sexto, la desorganización más o menos, importante de los aparatos corporativos y políticos de las clases explotadas y populares.

Séptimo, el autoritarismo generalizado de los diversos aparatos institucional es (burocracia, aparatos educativos, medios de difusión, etc.) que no ha desaparecido necesariamente con la democratización, junto a la persistencia de formaciones ideológicas autoritarias que traspasan la sociedad entera.

Octavo, la presencia militar, que aun habiendo abandonado el ejercicio directo de las funciones de gobierno, sigue constituyendo un importante límite a las decisiones de los gobiernos civiles y una amenaza siempre presente.

Hemos mencionado algunas, creemos que las más importantes, pero pensamos que se podrían señalar aún más.

y es que, una vez más en la historia, si el pueblo fue el protagonista principal en las luchas contra los regímenes dictatoriales, también resultó su víctima principal con la derrota de sus organizaciones y vanguardias políticas; y es sobre esa previa derrota que la burguesía establece ahora su hegemonía, construye su democracia.¹⁸ No

¹⁸ En este sentido, los procesos vividos en el Cono Sur nos recuerdan algunos de los episodios analizados por Marx en La lucha de clases en Francia, claro que en ello también difieren las distintas situaciones nacionales. En un extremo situaríamos a Argentina, en que la derrota asumió caracteres brutales; en el otro a

vamos a sostener aquí el absurdo de que es igual la dominación de clase por medios militares que a través de instrumentos políticos. Pero tampoco vamos a sostener el absurdo opuesto de que el restablecimiento de ciertos órdenes institucionales —libertad de organizaciones políticas, elecciones, etc.—implica el establecimiento de la igualdad y la soberanía del pueblo.

Lo que sí se establece es un escenario nuevo para populares por la igualdad, la participación, la libertad, la soberanía, y este nuevo ahora ser tenido particularmente en cuentas

SOBRE LAS LUCHAS Y SUS PERSONAJES

No nos interesa hacer aquí una discusión sobre las formas institucionales de la democracia; estas pueden ser diversas, en tanto se sitúan siempre en sociedades particulares, con su historia, sus tradiciones y su cultura política específica; nos interesa el proceso de construcción de la democracia, las luchas por la misma.

Estas luchas no pueden ser sino combates populares por la igualdad la participación —y no sólo en la distribución de los bienes sociales o en los beneficios del progreso, sino y sobre todo en el sistema de decisiones— las libertades democráticas,¹⁹ en fin, la soberanía popular. Y esas luchas no pueden sino tener, como objetivo estratégico, al socialismo (ya mencionamos antes alguna razón para sostener esto) .

El sujeto histórico de las luchas democráticas y revolucionarias y por la construcción del socialismo es el pueblo. Este a su vez constituye un ente complejo. Fidel Castro, en *La Historia me absolverá*, lo definía de la siguiente manera:

Entendemos por pueblo cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre. (...) Nosotros llamamos pueblo, si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo (...); a los quinientos mil obreros del campo (...) a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros (...) a los treinta mil maestros y profesores (...) a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas (...); a los diez mil profesionales jóvenes (. . .) .²⁰

Chile. donde si bien registramos también una derrota y una fuerte desorganización inicial de los partidos revolucionarios, estos lograron en buena parte superarla, recomponerse.

¹⁹Que no son las “libertades del liberalismo”; es decir, la libertad de mercado, la de monopolizar los medios de producción, los medios de difusión, etc., etc.

²⁰ Fidel Castro, *La Historia me absolverá*. Ed. Ciencias Sociales. La Habana, 1981. pp. 36-37

Esta definición exhaustiva nos permite realizar ahora algunas consideraciones. En primer lugar, repetir lo que decíamos antes sobre la complejidad de su composición. Segundo, señalar que la composición descrita en la cita corresponde a la del pueblo cubano hacia mediados de los años 50. Tercero, que el peso particular de cada uno de esos componentes ha de variar históricamente y de sociedad a sociedad. Por último, que tratándose de formaciones sociales capitalistas existirá en ese conjunto un elemento de particular significado estratégico: el, proletariado. Este hecho ha sido uno de los más cuestionados en las discusiones recientes; por ello se hace necesario que nos detengamos un momento en este punto.

Identificando estrechamente proletariado-obrero industrial por una parte, y atendiendo a los procesos de “desindustrialización” que se habrían producido bajo las dictaduras militares, son muchos los autores que postulan la pérdida de significación del proletariado en las luchas sociales y políticas en los países del Sur.²¹ La centralidad del proletariado, sin embargo, no deriva de la proporción que constituya dentro de las clases populares, sino de su papel en lo que constituye la contradicción fundamental en el capitalismo;²² es decir, de la relación entre capital y trabajo, relación que supone la explotación de la fuerza de trabajo por el capital. Y aún si se quiere apelar a un argumento más “empírico”, podría señalarse el hecho de que esta clase es quien pone en marcha los instrumentos fundamentales de la producción —y por tanto también puede detenerlos. Las luchas por la democracia y el socialismo no constituyen esencialmente “procesos electorales” donde sería necesario preguntarse cuántos (cuántos votos) son los proletarios.

Ahora bien: esta contradicción fundamental, aunque su resolución sea esencial en el tránsito al socialismo, no resume en sí todas las contradicciones observables en la sociedad capitalista. Esta observación por lo demás no constituye ninguna revelación; ni en las obras políticas de Marx y Engels ni en los escritos de Lenin (para no mencionar a Gramsci) hallaremos la descripción y el análisis de un enfrentamiento “puro” entre el capital y el trabajo. La existencia de una multiplicidad de actores sociales diversos complejizan y enriquecen ese enfrentamiento fundamental, pero no lo sustituyen ni lo hacen desaparecer, permaneciendo como el antagonismo fundamental en la dialéctica del proceso social. Los nuevos movimientos sociales —feministas, de minorías raciales y sexuales, ecológicos, etc., etc.— son portadores de una virtud que no puede desconocerse: han sido capaces de revelar todos los aspectos negativos que, más allá del modo de producción, caracterizan lo que podríamos denominar La civilización capitalista.

²¹ Véase como ejemplo Javier Martínez y Eugenio Tironi. *Las clases sociales en Chile*, Santiago de Chile, Ediciones SUR, 1985; segunda parte, cap.V.

²² Claro que si se ha abandonado la lógica de la contradicción como aquella que nos permite una comprensión racional de los procesos históricos y no se atiende a los procesos productivos, pues eso sería “economicismo”, este argumento no parecerá válido. Es interesante recordar aquí, sin embargo, que Antonio Gramsci, a quien tanto invocan muchos de estos autores para oponerse al “leninismo”, que la hegemonía del proletariado está basada “en la función decisiva... que ejerce en el núcleo rector de la actividad económica”.

Pero todavía hay más. La tremenda heterogeneidad –tecnológica, productiva, étnica, cultural, etc.—de nuestras sociedades capitalistas subdesarrolladas y dependientes introduce una complejidad aún mayor en las clases, fracciones, sectores y grupos populares. Y todavía procesos políticos concretos, como los de las dictaduras militares, generan otras contradicciones específicas que se expresan en la emergencia de grupos portadores de reivindicaciones particulares: los que luchan por los derechos humanos, los familiares de presos políticos y desaparecidos, etc. La limitación que podríamos señalar a la acción de todos estos movimientos es su carácter fundamentalmente corporativo (en el sentido que da Gramsci a esta expresión); y el problema que plantean es el del tránsito de estas luchas corporativas a la lucha política;²³ es decir, su integración en un sujeto popular y revolucionario. Y aquí existen algunos problemas que es necesario plantear respecto a la constitución de ese sujeto político.

El sujeto pueblo se constituye a partir de las relaciones sociales de producción que definen las clases populares fundamentales; pero no sólo por ellas ni tampoco sólo dentro de ellas. Como vimos, un conjunto complejo de otras contradicciones se articulan con la contradicción fundamental. Por todo ello, la constitución del sujeto popular supone necesariamente un momento hegemónico y la hegemonía supone a su vez el momento de la organización. Sin embargo, la constitución de esta hegemonía (de clase) dentro de las clases, fracciones, etc., que han de constituir el sujeto popular contrahegemonía con relación al orden dominante no es, como lo supone la concepción idealista,²⁴ un proceso “superestructural” que se diera en el ámbito específico de lo ideológico o en el “discurso”, sino que se verifica en las prácticas concretas, en las luchas, a través de múltiples enfrentamientos. Es a través de la articulación de esas luchas que va construyéndose la hegemonía. Y esta articulación supone la organización, porque supone dirección en esas luchas. Se hace preciso hoy, en la polémica latinoamericana, restablecer la propiedad del concepto de vanguardia, tan vituperado por una especie de “basismo” o “populismo de izquierda” (otra cosa es la discusión sobre el “vanguardismo”, que, como cualquier “ismo”, indica una hipertrofia unilateral). Como también es necesario superar las ociosas discusiones sobre la “forma partido” (partido “de cuadros” o “de masas”). La “forma” que adquirirá la organización no será un producto de la teoría ni de una pura voluntad organizativa sino que resultará de las concretas situaciones sociales y políticas en que se procesen las luchas. De hecho, las dos revoluciones triunfantes en América Latina no presentaron en su organización la forma de partido concebida por Lenin a principios del siglo para dirigir la revolución en Rusia, ni tampoco fueron iguales

²³ Véase para estas expresiones, situaciones, Antonio Gramsci, “Análisis de situaciones. Relaciones de fuerzas”. en Cuadernos de Pasado y Presente n. 54, publicado y distribuido por Siglo XXI, México, 1977, pp. 342-351.

²⁴ Remitimos nuevamente a E. Laclau, op.cit.

entre sí. Las tradiciones políticas y las experiencias políticas de la clase juegan en esto un papel primordial; muy probablemente no será la misma solución la que se encuentre para Chile, con una larga tradición de partidos “clasistas”, que para Argentina, donde el movimiento obrero y popular fue sujeto de “populista”. Por todo ello, la constitución del sujeto popular revolucionario, la hegemonía y la organización como efectiva dirección “intelectual y moral” constituyen los momentos esenciales en la conquista del poder, condición inicial de toda transformación de la sociedad. Y aquí deberemos introducir una breve digresión sobre la cuestión del poder, que nos obligará a modificar de algún modo la expresión anterior, expresión usual en la mayoría de las formulaciones. El poder no es algo que está en alguna parte —el Estado, por ejemplo, donde fuera posible “apropiárselo”—; el poder es una relación (de clase) de tal naturaleza que una clase tiene condiciones de imponer sus propios intereses a otra (u otras). Por ello el poder (de clase) es algo que se construye, y se construye a través de múltiples luchas, de múltiples enfrentamientos.

y sobre estas luchas, deberemos comenzar señalando que en estos países, subdesarrollados y dependientes, las luchas por la liberación social comprenden simultáneamente una lucha por la liberación nacional, y esta —lucha antimperialista— debe asumir las características de una lucha anticapitalista, por lo que se implican mutuamente. En cuanto a las formas de lucha, digamos que el sujeto popular y revolucionario no puede negarse a la utilización de ningún instrumento de lucha. Acordamos con la crítica marxista del parlamentarismo burgués y la democracia “representativa”; esto no debe llevarnos sin embargo a abandonar el Parlamento si este constituye un ámbito y una oportunidad para el desarrollo de específicos enfrentamientos (recuérdese las posiciones de Lenin frente a las dumas). Creemos que no es la forma de Lucha la que define el carácter más o menos revolucionario de las prácticas políticas, sino sus objetivos y contenidos. (En los 60 existió una tendencia a identificar revolución con “vía armada”; se olvidaba que también puede hacerse “reformismo armado”). Sin embargo, aquí debemos volver a una observación que hiciéramos antes: el tránsito de una sociedad capitalista a una sociedad socialista supone siempre un punto de ruptura; aun si aceptáramos las formulaciones de algunos teóricos de que no hay ninguna razón “teórica” para sostener esto, todavía podríamos invocar la acumulación de evidencias e históricas hasta hoy (por otra parte, habría que (aceptar como realidad los supuestos a que antes hiciéramos mención). No se trata de que preconicemos e aquí la lucha armada —y menos alguna forma específica de ella, guerrilla, insurrección, guerra popular, etc., lo que dependerá de circunstancias históricas concretas, de períodos y coyunturas, sino de que aceptamos su inevitabilidad y suponemos, por ende, la necesaria preparación para ella. Puede que existan condiciones que aceleren su aparición o bien la retarden; de todos modos se encuentra en el horizonte posible de todo movimiento revolucionario. Más allá del triunfo popular, queda la construcción del orden democrático y socialista deseado. Sin duda, a la visión de la sociedad futura, como utopía y proyecto, deberá ser un elemento articulador de las acciones,

antes y después del triunfo. La concreción de ese proyecto, sin embargo, no será un producto inmediato del triunfo, sino que pasará por diversas vicisitudes y tendrá que responder a las condiciones concretas, materiales y espirituales, de la sociedad respectiva. Las condiciones generales —económicas, políticas, sociales, culturales, internacionales—habrán de delimitar, positiva o negativamente, la concreción de ese proyecto.

PARA UNA REIVINDICACION DEL MARXISMO

Hoy está “de moda” la crítica al marxismo; creemos que gran parte de los que se autodenominan marxistas tienen responsabilidad por ello.

y es que hay que reivindicar al marxismo, no como una sociología (Bujarin) o una economía (Kautsky) “científicas” sino, como lo querían los grandes autores — desde Marx y Engels hasta Gramsci, pasando por Lenin — como la filosofía fundacional de una nueva civilización.

Porque el marxismo, entendido así, nos permite pensar la democracia no sólo como un hecho ideológico-cultural, ni tampoco sólo político-institucional, sino como una cuestión integral que involucra también la base de la sociedad: las fuerzas productivas y su desarrollo y las relaciones sociales de producción. Y que, por consecuencia, nos conduce a pensar esa democracia integral como socialismo —como modo de producción y como “reforma intelectual y moral”—, como proyecto histórico de construcción de una nueva civilización. Y porque, por último, es la teoría que más acabadamente ha desarrollado la idea de que el origen de esa democracia socialista no puede estar sino en una acción revolucionaria —como enfrentamiento entre el pueblo y el régimen dominante, acción que puede constituir un prolongado proceso y asumir características violentas.

Se nos presentan así, de modo teórica y prácticamente inseparables, democracia, socialismo y revolución.